



NÚMERO 828

20 DE SEPTIEMBRE DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 y 2.—Trajes de baile

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Restaurantes gratuitos para madres nodrizas. — Pensamientos. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 y 2. Trajes de baile. — 3 a 6. Abrigos de novedad. — 7 a 12. Sombreros para niñas. — 13 y 14. Trajes de tarde. — 15 y 16. Trajes estilo de sastre para señoritas. — 17 y 18. Chaqueta de entretiempo y sus patrones.

Explicación del suplemento

FIGURÍN ILUMINADO. — Blusas de vestir.

I. Blusa de terciopelo obscuro, con canesú liso orlado de pieles. Cuello montante, con chorrera de encaje de color crudo. Mangas largas, con el borde adornado de pieles.

II. Blusa de crepón de China, muy suave, con canesú recortado en puntas sobre los hombros y pliegues a ambos lados, abrochada con hebillas. Mangas largas, con puños que forman pliegues.

III. Blusa de novedad, de tafetán azul obscuro, con frances sobre los hombros y para montar las mangas. Solapas de tafetán con rosas bordadas de encarnado. Interior de tul plegado, rodeando el escote un terciopelo encarnado. Botones de nácar abrochan el chaleco.

IV. Blusa muy sencilla, de tela de seda blanca, plegada sobre los hombros. Mangas montadas, cuello vuelto y tirantes de jerga azul. Corbata de seda.

V. Blusa de novedad, muy lisa, de terciopelo inglés. Mangas largas, de encaje, con cintas en los puños. Cuello y cascada de encaje, con un prendido de mandarinas en el cuello.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 y 2. TRAJES DE BAILE.

I. Traje para jovencita de 15 a 17 años. Falda larga, guarnecida de un ancho entredós. Cuerpo de escote redondo, con mangas abiertas sobre los hombros, adornado con una guirnalda de rosas que desciende por la falda, terminándose en un gran lazo.

II. Traje para señorita. Falda con dos volantes orlados de rosas pompón. Cuerpo-torera guarnecido de rosas. Ancho cinturón drapeado, de raso.

3 a 6. ABRIGOS DE NOVEDAD.

I. Gran abrigo de novedad, con el cuerpo muy ajustado. Cuello vuelto y bolsillos.

II. Abrigo de entretiempo, de paño amazona, con el cuerpo cortado formando puntas a los lados. Cuello vuelto y botones de terciopelo negro.

III. Abrigo de última novedad, con el cuerpo ligeramente ajustado y formando una curva muy graciosa. Bolsillos a los lados. Cuello vuelto y botones de terciopelo.

IV. Abrigo de paño color de cobre. Largo redingote muy amplio del borde. Cuello de fantasía y grandes solapas de terciopelo negro. Bocamangas de paño color de cobre.

7 a 12. SOMBREROS PARA NIÑAS.

I. Sombrerito de terciopelo negro, con la copa redonda, a



3 a 6.—Abrigos de novedad

modo de capacete, rodeada de plumas. Bidas y lazo de liberty.

II. Sombrero para niña de 8 a 12 años, de terciopelo, forrado de seda color de rosa. Copa de boina y cinta y lazo de seda color de rosa.

III. Sombrero de fieltro color de rosa, adornado de una pluma cuchillo y de galón a cuadros que rodea la copa.

IV. Sombrero batelero, de fieltro, forrado de terciopelo ne-

gro, adornado de un lazo de tafetán sujeto por una hebilla.

V. Sombrerito con el borde acampanado, adornado de una ancha tira de piel de gamo, bordada con trencillas negras, y una cresta de terciopelo negro.

VI. Sombrerito de hechura de novedad, de terciopelo negro, con copa de boina, adornado de un rizado de tafetán con rositas en el centro.

13 y 14. TRAJES DE TARDE.

I. Traje de grueso cheviot gris. Falda con grupos de pliegues a los lados, guarnecido de bieses y botones de raso negro. Mangas largas y cinturón drapeado, de raso negro.

II. Traje de terciopelo inglés negro, con las mangas largas y el borde de la falda guarnecidos de galones negros. Peto de tul negro y botones de terciopelo.

15 y 16. TRAJES DE SASTRE PARA SEÑORITAS.

I. Traje de gubardina de color beige. Falda completamente plegada. Chaqueta de fantasía con haldeta plegada. Cuello recto y botones de corozo.

II. Traje de jerga color de castaña de tonos claros. Falda acampanada. Cuerpo con el escote, el talle y las bocamangas adornados de bordados de colores.

CRÓNICA de la MODA

Vamos a describir hoy, extractando a Jorge Lecomte, los traqueteos de la vida elegante parisiense de todos esos seres consagrados a perpetua exhibición en fiestas y salones, y sacrificados por las

exigencias de la mundanidad a tener sus nervios en tensión constante.

Esa esfera de caucho y de vendajes que se revuelve sobre la almohada en la penumbra de la cerrada cámara, es la opulenta señora de Lardón, a punto de despertarse para un nuevo día de figuración, de vértigo y de lucha. ¡Las ocho ya! Está rendida; pero hay que repetir los goces del día anterior y reconquistar la fuerza de realizarlos de nuevo, y apenas si basta toda la mañana para las innumerables manipulaciones requeridas al efecto.

¡Arriba, pues, a la tarea! Y hela aquí que se quita la especie de bozal de cuero que ha tenido toda la noche comprimiendo la carne desbordante de sus mejillas y de su barba, obligándola a respirar con el estrépito de un trombón. Luego, con igual presteza, despoja su rostro de la máscara untuosa con que lo ha revestido para mantenerlo fresco, y deja libre la garganta de la rígida camisola que ha oprimido sus tejidos. ¡Uf! ¡Qué gusto poder respirar durante dos minutos sin aperturas de ninguna clase! Pero no puede ser más, porque el tiempo apremia y no conviene habituar al cuerpo a estas libertades.

A un empujón del botón eléctrico se presenta la doncella. Si está ahí la masajista, que pase en seguida. Y entra la especialista, y hunde sus manos en las olas de carne mientras relata a la paciente sus curas pintorescas. ¡Qué dolorosa caza de tripas disemina-

das, qué brutales papirotazos para hacer vibrar todo aquel inerte ovillo! Hundimiento de los dedos en la masa adiposa, para apreciar los meandros del intestino; rudos sobos para vencer su atonía; dislocaciones y tirones de los miembros para el juego de las articulaciones; fricciones a golpes de los nervios para tonificarlos. La paciente gime, suspira, opone una mano suplicante a las trituraciones de la dueña; pero se necesita aquel trabajo para que su cuerpo conserve las formas y pueda exhibirse en las brillantes paradas del día, y a todo se somete.

Tras esto comienzan las estratagemas para aten-



7 a 9.—Sombreros para niñas

der a la belleza. Durante una hora el rostro de la señora Lardón se seca bajo los emplastos, se ablanda con las pomadas, gotea con las lociones; sus cabellos, empañados y grises, aquí estopa, allí seda floja, sin colores ya a fuerza de tantos como han tenido, se maceran en tinturas de sol o de noche. Luego su automóvil la arrastra en unos minutos al Instituto de Mecanoterapia, donde, entre otras mujeres adiposas obligadas a recíproca discreción, ofrece sus pesados miembros a máquinas que los estiran, los encogen, los hacen girar de mil maneras; se sienta en un sillón, y un mecanismo de molino de pimienta

lares, explotadores socarrones del sustrimiento humano. Pero ¿qué milagro va de pronto a galvanizarla después de tres meses de epiléptica ostentación en la atmósfera deprimente de los salones? ¿Las famosas picaduras? Muchas amigas han alabado su inmediato poder. ¿Qué riesgo corre? El tiempo de vestirse, y hela ya en la antesala del especialista de moda para transformar en espumadera su carne. Allí está, entre otras muchas, la señora Roquepine. «¿También vos?—Hay que buscar dondequiera fuerza para vivir.—Son soberanas, no es verdad, esas picaduras.—Por lo menos está una segura de que penetran en el

figurada, capaz de conquistar el mundo entero; el único inconveniente es que, al cabo de algunas semanas, se queda una tan llena de agujeros que no se encuentra sitio para meter la aguja.»

Va el cacodilato empezaba a decaer, y a la señora Durillón le aplicaron jeringazos más enérgicos. «Esas dosis, decía el médico, son anodinas; usted necesita un lavado enérgico. ¡Vamos! El grueso del muslo y un poco de paciencia; trescientos gramos de suero fisiológico bajo esta piel tan delicada, harán milagros.» Y la señora Durillón ve enganchar sobre su cabeza un enorme recipiente y brillar una aguja, que le pin-



10 a 12.—Sombreros para niñas

hace remover las caderas sobre el vientre; pasa sus puños por unos anillos, y una palanca le estira los brazos; se acuesta indolentemente en una mecedora, cuyo suave vaivén es interrumpido por fuertes sacudidas; mete sus pies en unos cinchos y hace multitud de movimientos giratorios. A todo se resigna.

Pronto hará un cuarto de siglo que, en su frenesí de exhibición en todas las fiestas, la señora Durillón se traga cuantas drogas lanzan al mercado curanderos astutos y codiciosos, y que son, por un semestre cuando menos, irresistibles panaceas: un barril de píldoras, varios tибores de jarabes y potingues, sellos disparatados, y la más pintoresca variedad de gránulos, han viajado a través de su cuerpo, sin contar los productos sospechosos de todos los grotescos irregu-

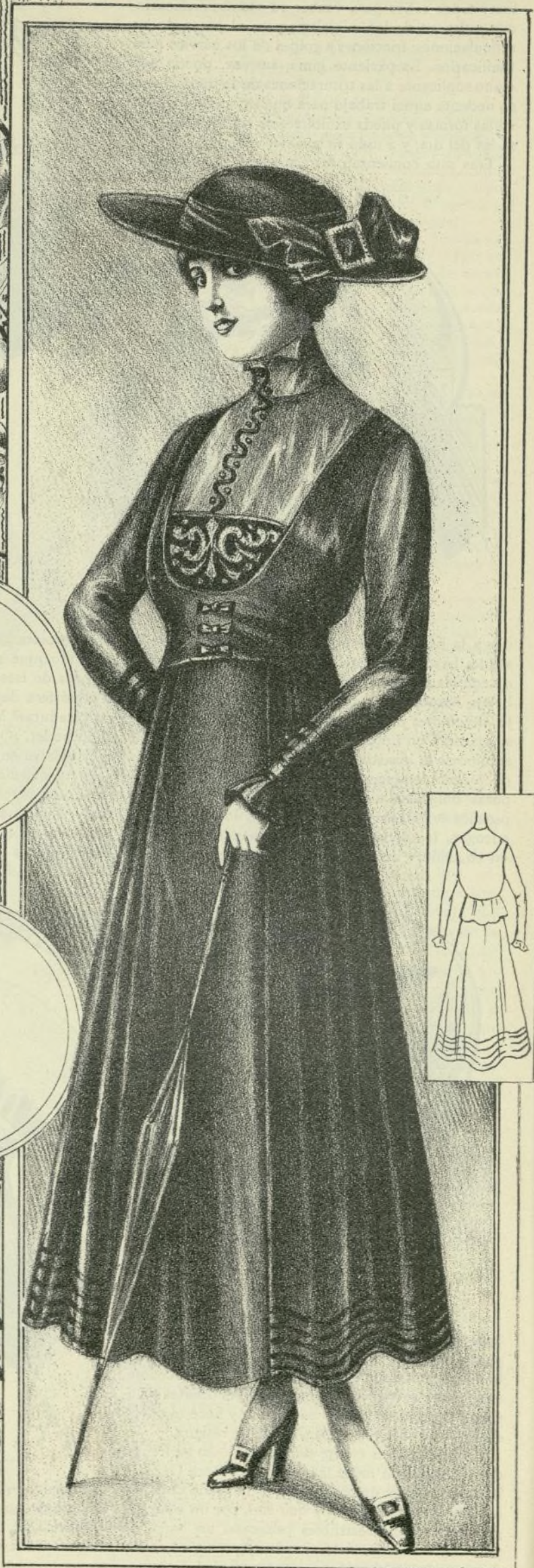
organismo. —¿Las tomáis de glicerofosfato?—Ya no; eso curaba mucho el año pasado, pero desde esta primavera, lo que priva es el cacodilato. —¿No hace mucho daño?—¡Bah! Estamos ya acostumbradas a peores tormentos; un lancetazo mientras se vacía una ampollita de nada; sólo queda un poco de hinchazón que en seguida desaparece, y se encuentra una trans-

cha la carne mientras le estrujan el muslo para apresurar la invasión del elixir. ¡Oh muslo, cuya torneada línea enorgullece a su propietaria! Se hincha como monstruosa morcilla, llenándose de bultos y mame-lones y deformando aquella seductora feminidad. Es horrible verse así; pero, después de todo, el muslo no desempeña ningún papel en las recepciones, y hace ya tiempo que el señor Durillón no se preocupa de él: lo esencial es poderse tener en pie para todos los empujones del orgullo y de la ambición.

La señora Durillón no tarda en ver que su inyección trisemanal no basta para galvanizarla, y entonces peregrina hacia los gabinetes de los electroterapeutas de moda. Allí las sesiones son de exquisita mundanidad. Los salones del célebre doctor Fulgur



13.-TRAJE DE GRUESO CHEVIOT



14.-TRAJE DE TERCIOPELO



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

Reproduction Prohibida

XXIX - 823

CRISTOL-TOCADOR

antiseptico para el tocado intimo
de las SEÑORAS
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

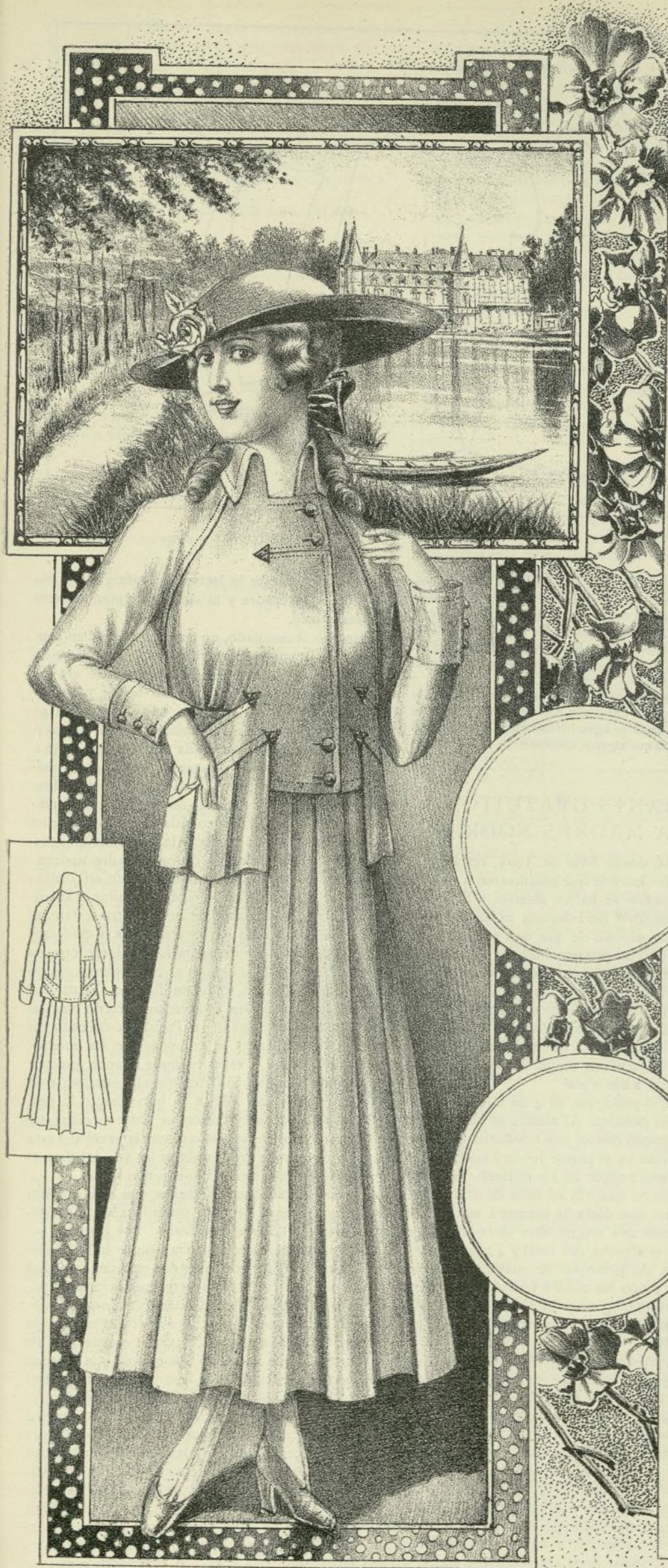
Solución Gautaubege, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.

Ayuntamiento de Madrid

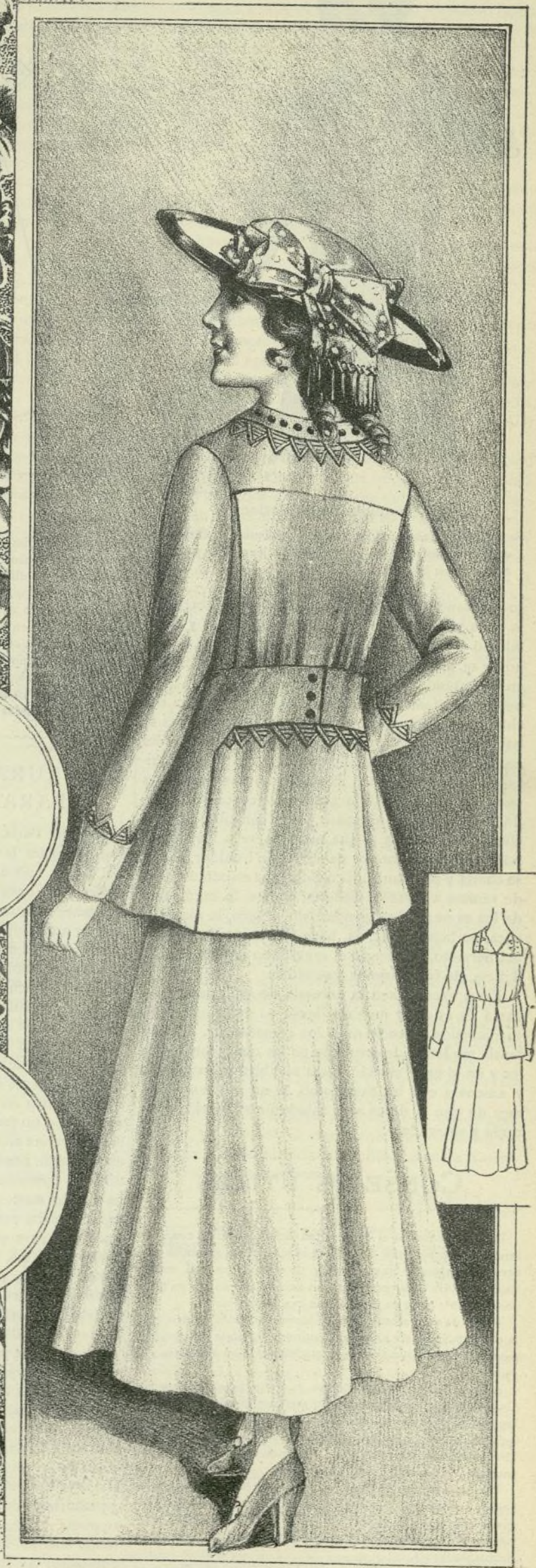


La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".





15.-TRAJE DE GABARDINA



16.-TRAJE DE JERGA



17.—Chaqueta de entretiempo

Se confecciona con lana lisa; cinturón del mismo género, con adorno de seda del mismo tono en los extremos y un vivo en los lados; botones de metal dorado.

son brillantes y allí se reúnen todas las aristocracias: la de la sangre, la del dinero, la de la alcoba y la del talento. Se dirigen saludos, se dan apretones de manos y se murmura alguna que otra anécdota picante en las antecámaras, y llegado su turno, se pasa al gabinete, y se sienta uno en los altos taburetes de duchas. La electricidad brota; las brochas eléctricas se balancean sobre las cabezas, que se tienden dóciles ante aquella lluvia de efluvios, con los cabellos erizados fantásticamente. El doctor o sus ayudantes vienen a friccionar con sus bastones cargados de fluido la nuca, el espinazo y los miembros de su clientela, y gracias a que ninguno ve a los demás por estar separados por pantallas de bastidor, se ríe, se charla y se bromea. El baño de luz en común sirve de remate a aquellas delicias; pero si la borrachera de luz es una voluptuosidad sin peligro, la ola eléctrica, no bien dosificada, hace trepidar todo el sistema nervioso, saturando el organismo de una energía ficticia, de funestísimos resultados.

Estos excesos son la antesala de los sanatorios y casas de salud, y muchas llevan en derechura a los manicomios, cuando no a los cementerios. La epilepsia moderna, desarrollada en las clases intelectuales y en el gran mundo, toma terribles proporciones y amenaza con un cataclismo, si no nos convencemos de que la única vida saludable es la vida tranquila y sosegada.

CONSEJOS ÚTILES

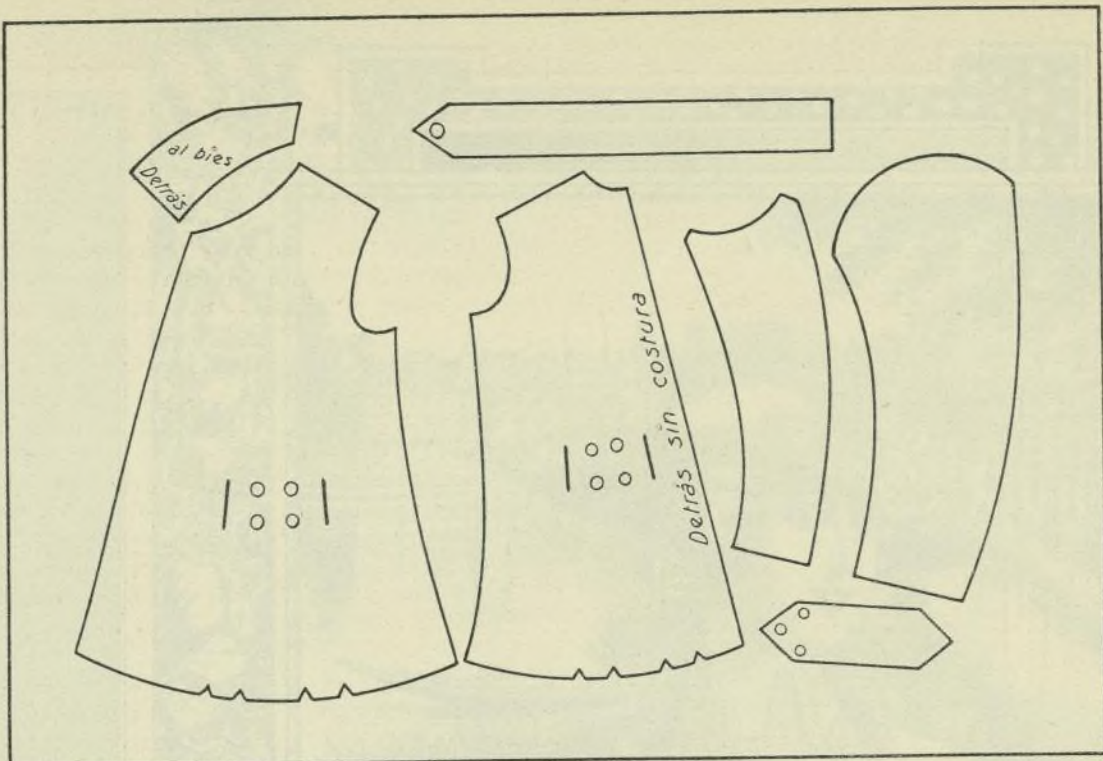
Defenderse contra el calor es tan fácil y asequible como defenderse contra el frío. Si durante el invierno procuramos conservar y aumentar nuestro calor natural, durante el verano bastará cuidar de no producirlo en exceso, puesto que ya tenemos bastante calor en el ambiente que nos rodea.

Menos de una tercera parte de lo que comemos, se destina a la reconstrucción de nuestro organismo; las otras dos terceras partes, y algo más, sirven para producir el calor necesario a la vida.

A pesar de nuestra inteligencia, la madre naturaleza no nos abandona, nos considera siempre menores de edad, y con maternal previsión, en cuanto empiezan los grandes calores, nos quita el apetito, y no solamente restringe así la cantidad de alimentos, sino que nos sugiere apetencias especiales hacia los manjares que nos pueden ser más útiles.

Por eso a la hora de comer miramos con horror instintivo la soperá humeante colocada en el centro de nuestra mesa y dirigimos miradas de complacencia hacia la ensaladera y los fruteros, que son el imán de nuestros ojos y el consuelo de nuestras desecadas fauces.

El gazpacho, la ensalada o las frutas deben de figurar en primera línea a las horas de comer en estos días calurosos. Con un primer plato refrigerante, no hay inapetencia posible ni es-



18.—Patrones de la chaqueta

tómago rebelde; un pescado frito o un asado que se deje acompañar armónicamente por la ensalada de lechuga, pasará también a las profundidades de nuestro estómago sin grandes protestas, y las frutas, que son hijas de las flores, cuyo calor y aroma conservan como imborrable recuerdo de tan poética maternidad, deben de ser el digno epílogo de nuestras refacciones durante la estación canicular.

Dejemos el vino para reconfortar el organismo aterido por los fríos invernales; las frutas nos dan de comer y beber al mismo tiempo; un poco de agua fresca bastará para diluir el exceso de glucósidos que algunos contienen.

RESTAURANTS GRATUITOS PARA MADRES NODRIZAS

Hay en París, desde fines de 1904, restaurants gratuitos para las madres que amamantan a sus hijos. Estos colmados se hallan abiertos a todas las madres, sin necesidad de informes ni certificados, mediante la única prueba de que dan realmente de mamar a sus hijos. La primera idea de esta institución es bien sencilla: supuesto que la sociedad tiene especial empeño en asegurar a los niños el alimento que les conviene, ¿cómo utilizar del modo más eficaz los recursos disponibles? ¿Por qué no dedicar las cantidades destinadas a la lactancia artificial a nutrir mejor a las madres, asegurándose de que éstas dan de mamar a sus hijos?

Planteado así el problema, el 4 de noviembre de 1904 se puso en práctica. Al efecto, se alquiló por semanas, a un franco diario, una tiendecita con una mesa y varias sillas en el pasaje Julián-Lacroix, y en una hoja de papel, pegado en las vidrieras, se advirtió a los transeúntes que allí se daba de comer gratis a toda madre que diera de mamar a su hijo. El capital inicial para esta magna obra se reducía a 10 francos: 6 para el alquiler del local y 4 para las primeras comidas. Al principio se presentaron muy pocas madres, y con los cuatro francos hubo para varios días; pero poco a poco se fué difundiendo la noticia, y no tardó la idea en desarrollarse y dar brillantes resultados.

La cuestión principal era ver la clase de alimento que podía darse, de modo que resultara suficiente y sano, y que su coste fuera reducido. Un fondista de la vecindad había contratado el servicio en la forma siguiente: la comida dada a cada madre se componía de una sopa de pan, un plato de carne, otro plato de legumbres y un buen pedazo de pan, todo ello con el servicio natural de vajilla y cubierto, por 35 céntimos; de modo que con tres francos y medio se podía dar de comer a diez personas, y con 70 céntimos diarios se podía dar a una madre alimento completo; las raciones eran abundantes y sanas, y el fondista cumplió siempre su compromiso, con lo que quedó hecha la prueba de que por muy poco

más de lo que cuesta la lactancia artificial se podía alimentar a la madre y al niño, con gran ventaja para uno y otro.

Conocido el resultado, no tardó la caridad en acudir a sostener tan hermosa iniciativa. El número de madres que se presentaba ordinariamente era de veinte a veinticinco; para servir a tantas personas fué preciso tomar una sirvienta, que aceptó el cargo por un franco diario; en cambio, la tienda, que gastaba un franco diario alquilada por semanas, bajó a 75 céntimos alquilada por meses; pero había también que aumentar gastos de calefacción y alumbrado, y no limitar las raciones de pan; de este modo vino a resultar que cada comida salía 10 céntimos más cara, costando 90 céntimos la alimentación completa (dos comidas diarias) de cada madre nodriza.

Después de un mes de funcionamiento en Julián-Lacroix, el sistema de los colmados gratuitos se extendió al barrio Mouffetard, abriéndose otro restaurant en la calle Daubenton; un mes después se creó otro en Montmartre, calle de Santa Laura; luego otro en Plaisance, calle de Jonquoy; y, por último, otro en las Grandes Carrières, calle de Bounet. Estos han sido los cinco primeros establecimientos de este género que han funcionado en París. La clientela de estos establecimientos se compone de las madres de los alrededores, a veces bastante lejanos, que van diariamente a comer allí durante el período de la lactancia; llevan con ellas a su hijo cuando lo permite la estación; pero cuando ya son conocidas, no se les exige que hagan diariamente la prueba: basta con que de cuando en cuando se las vea dar de mamar o que puedan mostrar que tienen leche.

Los cinco restaurants gratuitos que estaban funcionando en junio de 1905 suministraban, por término medio, 180 comidas diarias. Los gastos, a pesar de la estricta economía con que se habían establecido, no dejaban de ser pesados para una sociedad que no contaba con más recursos que la caridad pública. El Municipio y el Ministerio del Interior otorgaron subvenciones, y entonces pudo pensarse en la organización definitiva del servicio: a cada una de las cinco salas se anexionó una cocina, y la persona encargada del servicio fué la misma cocinera. Los gastos de local subieron así a 1,50 francos diarios; pero se economizaba la calefacción, suplida por el calor de la cocina, y la alimentación fué de mejor calidad y de doble cantidad, resultando en definitiva una economía considerable, pues lo que antes costaba 45 céntimos viene a salir ahora, incluidos todos los gastos, por 26 o 28 céntimos, según los barrios; así es que por 52 o 56 céntimos se puede alimentar de un modo suficiente y hasta confortable a una madre que cría a su hijo, ofreciéndole dos comidas diarias tan sanas como nutritivas. Estos resultados son positivos y están a la vista de todo el mun-

do, siendo de desear que tan hermosa obra benéfica se extienda a todas partes y se establezca en todos los países.

PENSAMIENTOS

El bien nunca hace mal.

SANTA TERESA DE JESÚS

No es bien perfecto el que sirve de máscara al mal.

QUEVEDO

La mujer, para ser discreta, ha de estar siempre retraída.

JUAN CARLOS AMAT

Para muchas gentes, la mejor de las lecciones sería escuchar detrás de las puertas. ¡Lástima para ellas que este proceder no sea noble!

MADAMA SWETCHINE

Si se abriese el pecho del perverso, veríamos su corazón traspasado y destrozado por mil agudos dardos.

SÓCRATES

Dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse.

Nunca sosiega un pecho enamorado.

L. F. MORATÍN

Si desprecias al hombre y su poder, teme a Dios que premia la virtud y persigue los delitos.

VIRGILIO

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

Esto quería decir en términos vulgares, tirad de la campanilla.

En el momento presentóse otro judío más joven que Fagin, pero cuyo aspecto era tan innoble y repugnante como el suyo.

Sikes no hizo más que señalar con el dedo el jarro vacío, y el judío, comprendiendo perfectamente la señal, salió para ir a llenarlo, después de haber cambiado una extraña mirada con Fagin, que levantó los ojos un instante e hizo con la cabeza una señal casi imperceptible. Sikes no se fijó en ello, ocupado como estaba en atar el cordón de su botín que el perro había desatado. Es probable que si hubiese visto aquel cambio de signos de inteligencia, no hubiera augurado nada bueno.

—¿Hay alguien por aquí, Barney?, preguntó Fagin sin levantar los ojos, a pesar de que Sikes le estaba mirando.

—Ni un alma, contestó Barney.

—¿Nadie?, preguntó Fagin con un aire de sorpresa que significaba tal vez que Barney podía decir la verdad sin temor alguno.

—No hay otra persona más que la señorita Nancy, contestó Barney.

—¡Nancy!, exclamó Sikes, ¿dónde está? Que me mate la peste, si yo no honro a esta joven por sus disposiciones naturales.

—Se ha hecho servir una ración de ternera cocida, añadió Barney.

—Dile que venga, repuso Sikes apurando un vaso de licor, hazla venir.

Barney miró con timidez a Fagin, como para pedirle su autorización. Viendo que el judío no decía nada y no cesaba de tener los ojos fijos en el suelo, salió y volvió a entrar al momento, introduciendo a Nancy vestida de cocinera, con un gorro, un delantal, una cesta y una gruesa llave en la mano.

—Tú has encontrado la pista, ¿es verdad, Nancy?, preguntó Sikes ofreciéndola un vaso.

—Sí, Guillermo, contestó la joven vaciándolo: yo le encontré, y por cierto que me he cansado mucho: el tunante ha estado malo y ha guardado cama y...

—¡Ah! ¡Nancy querida!, dijo Fagin levantando los ojos.

Tal vez el judío, contrayendo sus mejillas coloradas y cerrando sus ojos profundamente encajados en sus órbitas, quería dar a entender a la señorita Nancy que cesara de dar más noticias; sin embargo, este detalle importa poco. Lo cierto es que no dió más explicaciones, y que después de haber dirigido a Sikes una graciosa sonrisa, cambió de conversación.

Apenas habían pasado cinco minutos, Fagin fué atacado de una tos repentina, y Nancy tomó su chal y dijo que debía partir. Sikes observó que tenía que andar un poco por la misma dirección y que por lo mismo tendría el placer de acompañarla. Así partieron juntos, seguidos a corta distancia por el perro, que salió de una cuadra vecina luego que su dueño se hubo alejado.

El judío sacó la cabeza a la puerta por la cual había salido Sikes y le siguió con los ojos mientras que aquél atravesaba el obscuro pasadizo. Fagin le amenazó con el puño cerrado, murmurando horribles imprecaciones. Después, con espantosa sonrisa, sentóse de nuevo delante de la mesa a fin de solazarse con la interesante lectura del *Diario de los Tribunales*.

Durante este tiempo, Oliverio Twist, que no dudaba estar libre ya de aquel maldito viejo, se dirigía hacia la librería que hemos mencionado, y al llegar a Clerkenwell, tomó, sin fijarse en ello, una calle que no estaba comprendida en su itinerario. Apenas había atravesado la mitad, cuando se apercibió de su equivocación; mas sabiendo que está calle debía conducirle cerca del punto adonde se dirigía, consideró inútil retroceder y continuó andando con toda la ligereza posible, con los libros debajo del brazo.

Según iba andando pensaba en la felicidad de su nueva situación y en el placer que le causaría el ver, aunque no fuese más que por un instante, al pobre Ricardo, quien acaso en aquel momento estaría llorando amargamente a consecuencia del hambre o de los golpes. Interrumpióle en su meditación una mujer que gritó con fuerza:

—¡Oh mi querido hermano! y apenas acababa de levantar la cabeza para ver qué significaba aquello, se sintió cogido fuertemente por dos brazos que le rodearon el cuello.

—¡Dejadme!, exclamó Oliverio luchando, ¡dejadme tranquilo! ¿Quién sois? ¿Por qué me detenéis?

Por toda contestación, la joven, que le tenía abrazado y que llevaba en la mano una cesta y una gruesa llave, empezó a gritar y sollozar.

—¡Oh Dios mío!, decía, ya te he encontrado, ¡Oliverio!, ¡Oliverio! ¡Oh infame muchacho que me dejaste a tu placer entregada a graves inquietudes. Ven con nosotros, amigo mío, ven. ¡Bendito sea Dios! ¡al fin te he hallado!

Después de estas exclamaciones incoherentes, la joven empezó a suspirar violentamente, fingiendo un ataque nervioso tan fuerte, que las mujeres que se hallaban a su alrededor se consultaron mutuamente si habría necesidad de ir a buscar un médico, resolviendo de común acuerdo esperar.

—¡Oh!, no, no, esto no es nada, dijo la joven estrechando la mano de Oliverio, ya estoy mejor. ¡Vámonos en derechura a nuestra casa, ingrato niño!, ¡vamos!

—¿Qué es esto, señora?, preguntó una de aquellas mujeres.

—¡Oh señoral, contestó la joven, se ha escapado hace cerca de un mes de casa de sus padres, honrados obreros, para irse con una cuadrilla de ladronzuelos y pilletes de mala vida, y su madre casi ha muerto de pesar.

—¡Mira el tunante!, repuso la mujer.

—¡Obedeced pronto, bribonzuelo!, dijo otra.

—No soy yo, contestó Oliverio asustado; yo no la conozco; yo no tengo hermana ni padre ni madre; soy huérfano y vivo en Pentonville.

—¡Oh!, mirad: ¡ahora quiere avergonzarme!, replicó la joven.

—¡Cómo! ¡sois vos, Nancy!, exclamó Oliverio al ver a la joven que había tenido hasta aquel momento detrás de él y apartándose asustado.

—¡Ved cómo me reconocel, dijo Nancy dirigiéndose a los espectadores: no podía ser de otra manera. ¿Hay alguien que quiera hacerme el obsequio de ayudarme a llevármelo, sin lo cual hará morir a su padre y a su madre y me hará desesperar?

—¿Qué diablo es esto?, dijo un hombre saliendo precipitadamente de una taberna con un perro blanco que le seguía muy de cerca. ¡Cómo! ¡Oliverio! ¡Anda a encontrar a tu pobre madre, pillete! ¡vamos!, ¡de prisa a tu casa!

—¡Yo no les pertenezco!, ¡no les conozco! ¡Socorro!, ¡socorro!, gritaba Oliverio contra el vigoroso puño de aquel hombre.

—¡Socorro!, repitió éste; ¡soy yo el que viene a socorrerte, bribonzuelo! ¿Qué son estos libros que llevas ahí? ¿Los has robado, es verdad? Dame esto.

Al decir estas palabras, aquel hombre echó mano a los volúmenes que llevaba el muchacho y le golpeó fuertemente la cabeza.

—¡Bien hecho!, dijo un hombre que desde una ventana observaba aquella escena: he aquí la manera más conveniente de meter en carrera a estos ladronzuelos.

—Es verdad, dijo un oficial de carpintero, mirando con aire de aprobación al que acababa de hablar.

—Esto le aprovechará, añadieron dos mujeres.

—¡Eh!, esto es evidente, replicó el hombre zurrando de nuevo a Oliverio y cogiéndole por el cuello. ¡Adelante, ladronzuelo! ¡Aquí, Turco! ¡atención a lo que mando!

Debilitado por la reciente enfermedad, abrumado por los golpes de aquel ataque imprevisto, espantado por los gruñidos amenazadores del perro y la brutalidad de aquel hombre, y sobre todo confuso y avergonzado por la convicción en que estaban los espectadores de que él era realmente un ladrón, ¿qué podía hacer aquel pobre muchacho? Era de noche; la calle estaba casi desierta; ningún socorro podía esperarse: toda resistencia era inútil, y en un instante fué conducido a un laberinto de calles que hacían completamente ininteligibles todos los gritos que pudiera exhalar. Y por otra parte, ¿qué hubiera importado que fuesen inteligibles si no se veía nadie que le pudiera atender?

Los mecheros de gas estaban por todas partes encendidos. La señora Bedwin esperaba con ansiedad en la puerta de su casa; veinte veces había salido la criada a observar si regresaba Oliverio, y los dos ancianos permanecían con obstinación sentados en el gabinete con sus ojos fijos en el reloj.

CAPITULO XVI

Después de haber atravesado un gran número de calles y pasajes estrechos, Sikes, Nancy y Oliverio llegaron a una plaza que a juzgar por el ganado que en ella había, era evidentemente la del mercado. Allí, Sikes acortó el paso, porque la joven no podía continuar la marcha con la rapidez con que la habían emprendido: volvióse hacia Oliverio y le mandó, con ademán brusco, que cogiera la mano de Nancy.

—¿Me entiendes?, gritó aquél, viendo a Oliverio distraído y mirando a su alrededor.

Se hallaban en un sitio sombrío, lejos de los transeúntes, y Oliverio vió claramente que no había resistencia posible, por lo cual tendió la mano a Nancy, que se la cerró estrechamente.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Sopa de albondiguillas

En una tartera se ponen cuatro huevos, la cuarta parte de un cuartillo de leche, dos onzas de manteca fresca de vaca, un poquito de sal y pimienta; bátase todo mezclándolo con un poco de harina, hasta que se haga una masa consistente; después se hacen las albondiguillas del tamaño de una aceituna, espolvoreándolas con harina, y se fríen en manteca de cerdo; pónganse en la sopera, y viértase encima el caldo del puchero.

Croquetas de mero

Se cuece una libra de mero, se pica con la media luna, junto con un diente de ajo, una ramita de perejil y un polvito de pimienta. En una sartén se calienta la cantidad necesaria de aceite y en él se rehoga el mero con dos cucharadas de harina; en seguida se le agrega medio litro de leche y se mueve sin cesar hasta que la pasta está en su punto, que es cuando se desprende con facilidad de la cuchara. Se sazona con sal y se deja enfriar para luego hacer las croquetas.



LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. Paris.

LAFUENTE

Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII
POR D. MODESTO LAFUENTE
CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA
CON LA COLABORACIÓN DE
D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas.—Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

El Mundo antes de la Creación del Hombre

ORIGEN DEL HOMBRE

PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA O FORMACIÓN DEL UNIVERSO

HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO

Obras escritas por **L. Figuer y W. F. A. Zimmermann**

Traducidas por **E. L. de Verneuil**

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS INTERCALADOS Y LÁMINAS TIRADAS APARTE

Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados comprendiendo el estudio y descripción de la EPOCA PRIMITIVA.—EPOCA DE TRANSICIÓN.—LAS PLANTAS DEL MUNDO PRIMITIVO. Epoca secundaria.—Epoca terciaria.—Epoca cuaternaria.—Diluvio de Europa.—Período glacial.—Las fuerzas plutónicas.—Las fuerzas volcánicas.—Los temblores de tierra.—Los minerales.—Relieves del globo.—Las aguas dulces.—Los mares. Los montes polares.—SEGUNDA PARTE.—Origen del hombre.—Edad de piedra.—Edad de bronce.—Edad de hierro.—Las razas humanas.—Supersticiones.—Lenguaje, etc., etc.

Su precio es de 60 pesetas ejemplar encuadernado pagadas en doce plazos iguales.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid